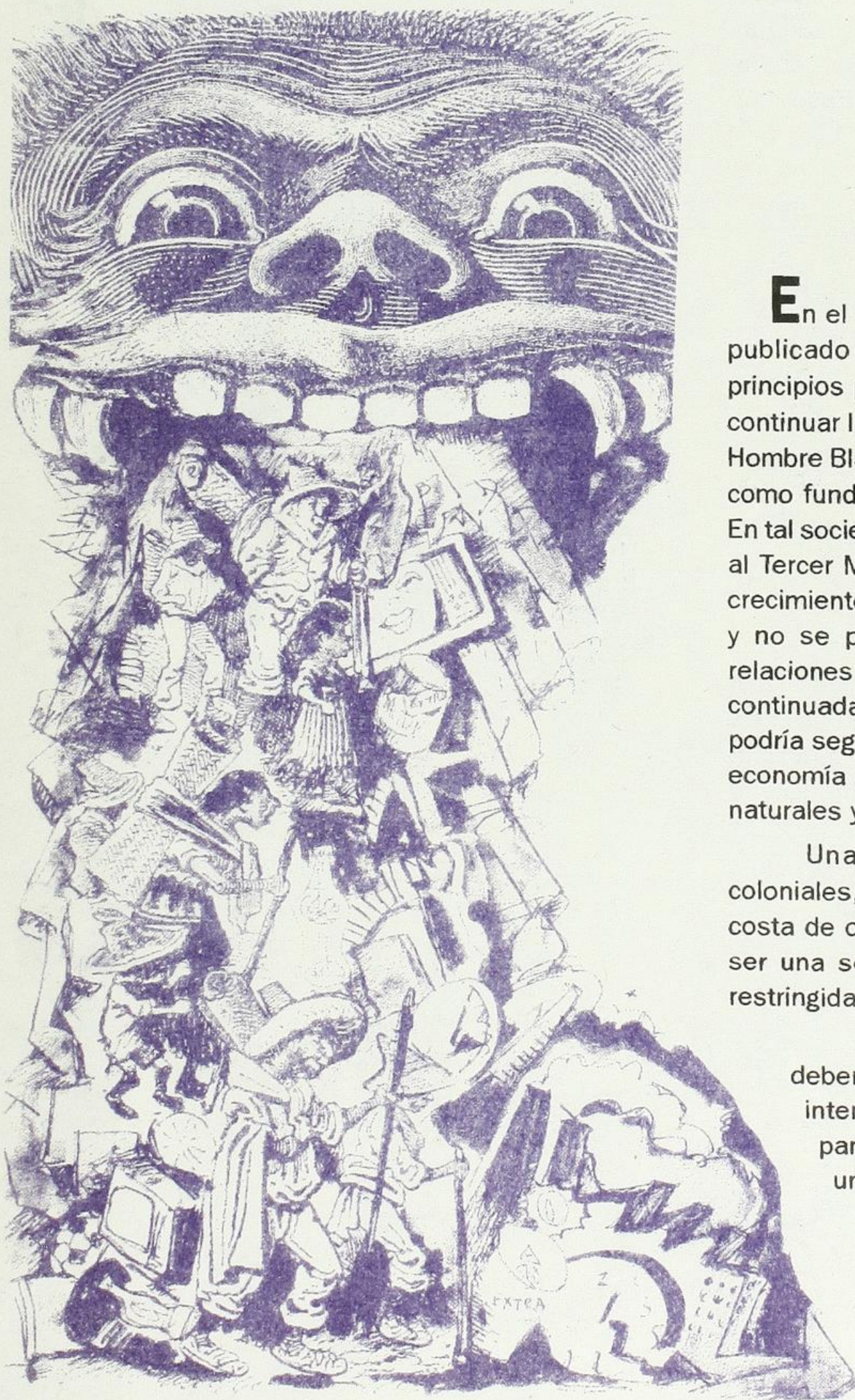




María Mies

# CONSUMO Y POLITIZACION

## de la vida cotidiana



**E**n el ensayo "Perfiles de una sociedad ecofeminista", publicado en 1978, intenté desarrollar presupuestos y principios para una utopía social en la cual no se aceptase continuar la explotación de las colonias más importantes del Hombre Blanco -las mujeres, la naturaleza y el Tercer Mundo- como fundamento para la solución de problemas sociales. En tal sociedad, por ejemplo, no sería posible seguir cargando al Tercer Mundo con el peso de la solución de la crisis de crecimiento del capital, ni con el peso de la crisis ecológica; y no se podría seguir esperando la superación de las relaciones sociales patriarcales del progreso tecnológico y la continuada explotación de la naturaleza. El Tercer Mundo no podría seguir esperando la solución de sus problemas de la economía mundial, la destrucción de sus propios recursos naturales y la explotación de las mujeres.

Una sociedad que rechace todos los repartos coloniales, en la cual ninguna colonia pudiera "liberarse" a costa de otra colonia, necesariamente tendría que volver a ser una sociedad de autoabastecimiento, crecientemente restringida al propio territorio y a los propios recursos.

Semejante sociedad de autoabastecimiento no debería renunciar al intercambio y al comercio, pero el intercambio y el comercio no constituirían las bases para la supervivencia de tal sociedad. Sólo tendrían un papel complementario.

---

(\*) Tomado de **Mientras Tanto** No 48, pp. 69-86, Barcelona, España, enero-febrero 1992. Por su extensión este documento fue editado por La Correa





A quien hoy reflexione sobre utopías sociales, se le preguntará irrecusablemente -y con razón-: pero, ¿cómo llegamos desde el estado actual a la sociedad que describes? ¿Qué caminos propones?

La elección de los caminos depende naturalmente de lo que entendamos como política y resistencia política. La mayoría de los movimientos sociales entendieron bajo tales conceptos, hasta hoy, la protesta pública contra el estado y la economía. Se consideraba políticamente irrelevante todo lo que hacían las personas entre las cuatro paredes de su casa. Es cierto que el movimiento de mujeres acuñó la consigna "lo personal es político", pero la refirió sobre todo a la relación sexista entre hombre y mujer y no a la totalidad del comportamiento de la vida cotidiana. Y sin embargo se ha hecho patente que la protesta pública masiva contra las centrales atómicas, la muerte de los bosques, las leyes penalizadoras del aborto o los cohetes nucleares, no ha cosechado ningún éxito decisivo. Se ha vuelto a elegir a los partidos pronucleares y los bosques se siguen muriendo. ¿Por qué sucede así?

En mi opinión, uno de los motivos más importantes es que existe una contradicción masiva entre las personas que exigen públicamente a "los de arriba" y lo que "hacen como personas privadas". La mayoría apuesta por los científicos, que tienen que descubrir fuentes alternativas de energía *para ellos*. Otro ejemplo: todos saben que los bosque mueren y una de las razones es la locura automovilística. Sin embargo, en los últimos años se compraron más coches que nunca. De nuevo se traspasa la responsabilidad a "los de arriba".

Si ellos no prescriben ningún límite de velocidad, se sigue actuando como siempre, a pesar de que se conocen las consecuencias desastrosas de la acción. Todos saben que los consorcios químicos envenenan cada vez más el agua, el aire y la tierra y, sin embargo, sigue comprando los productos de esos consorcios irreflexivamente. También las peticiones públicas de más justicia para con el Tercer Mundo tropiezan con la misma contradicción: sabemos que las importaciones de alimento y piensos procedentes de los países de Africa, Asia y América Latina aquí causan sobreconsumo y allí hambre, pero seguimos comprando esos productos. Las mujeres saben que la industria de la moda sólo puede inundar el mercado con mercancías relativamente baratas, a condición de que las obreras textiles del Tercer Mundo -por ejemplo las empleadas por la empresa Adler de Corea del Sur- sufran una explotación extrema y por nuestros pagos las mujeres sean convertidas en objetos sexuales y marionetas de la moda. Y sin embargo, la mayoría de las mujeres se prestan a cada triquiñuela de la moda, por muy sexista que ésta sea. Lo mismo se podría decir en lo que atañe a la conocida relación entre la industria cosmética y

farmacéutica y los experimentos con los animales. En todos estos ámbitos hay ya suficiente información disponible. ¿Por qué no conducen estas informaciones a reflexiones y las reflexiones a comportamientos consecuentes en la vida cotidiana?

A mi entender, una de las razones es el **autoengaño** que consiste en creer que podríamos tener las siguientes cosas a la vez:

- cada vez más productos de la industria química y **simultáneamente** aire respirable, agua limpia y comida sana;
- cada vez más comercio mundial e importaciones del Tercer Mundo y **a la vez** el final de la pobreza allí;
- la comercialización de cada vez más ámbitos de la vida de las mujeres y **al mismo tiempo** la liberación de la mujer. En este autoengaño, el nivel de consumo siempre creciente se sigue equiparando con la "buena vida".

El autoengaño de que un nivel de vida cada vez mayor es idéntico a la "buena vida", constituye el necesario afianzamiento ideológico del modelo de acumulación de las sociedades industriales modernas. Sin el asentimiento masivo a esta equiparación el sistema no podría funcionar. Constituye la verdadera hegemonía político-ideológica sobre la vida cotidiana de las personas. Y ninguno de los partidos políticos en las modernas sociedades industriales, que quieren participar en el poder mediante las elecciones, se atreve a poner en entredicho ese autoengaño. Este es el motivo por el que hoy han dejado de

hablar de una "salida" o "retracción" de la sociedad industrial, y ya sólo lo hacen de su "reconversión ecológica"

¿En qué se basa ese autoengaño?

1. En la suposición de que para nosotros, los seres humanos, no existen límites temporales ni espaciales, de que la Tierra es ilimitada, de que no hay límites al crecimiento, a la producción de mercancías, a las necesidades y sobre todo al progreso científico-técnico (con otras palabras, a las fuerzas productivas). Un principio medular para el mantenimiento de este autoengaño lo expresó un ministro alemán: "**No existe ningún problema de la sociedad industrial que no pueda resolverse con los medios de la sociedad industrial**".

2. Pero como nuestra realidad está limitada *de facto* -la Tierra es limitada, el terreno fértil es limitado, las fuentes de energía son limitadas, nuestra vida es limitada, nuestro cuerpo es limitado-, el mito de un crecimiento ilimitado sólo puede crearse y mantenerse gracias a que:

- El mundo en su conjunto y las distintas sociedades han sido divididas en centros y periferias (colonias).

Sólo es un autoengaño el pensar que podemos tener:

- cada vez más productos de la industria química y **simultáneamente** aire respirable, agua limpia y comida sana;

- cada vez más comercio mundial e importaciones y **a la vez** el final de la pobreza en el *Tercer Mundo*;

- la comercialización de cada vez más ámbitos de la vida de las mujeres y **al mismo tiempo** la liberación de la mujer.

En este autoengaño, el nivel de consumo siempre creciente se sigue equiparando con la "buena vida".





- La conexión entre el acrecentamiento de la riqueza en los centros y el acrecentamiento de la pobreza en las colonias se niega.

- La división geo-económica y vertical del mundo en "sociedades industriales" y en "sociedades subdesarrolladas" corresponde a la escisión colonial que se da también dentro de las sociedades industriales. Tiene lugar

en la escisión entre ser humano y naturaleza, en la división entre las clases. También aquí las partes están unidas mutuamente por lazos de explotación.

- Las relaciones de explotación y el hecho de que las partes tienden siempre a separarse, quedan veladas por la ideología de la "transformación evolutiva" o bien del "desarrollo que recupera el terreno": los "otros" todavía no han llegado tan lejos como nosotros.

Necesitan todavía algo más de

tiempo, de dinero, de ayuda al desarrollo, las mujeres necesitan todavía algo más de igualdad entre los sexos, para llegar a donde nosotros estamos, a saber, en la cima de la "modernidad", la civilización del Hombre Blanco.

A todas las colonias no se las consulta cuando se trata de "costos y beneficios". Es que no son partes negociantes, sino que se hallan en una relación de violencia con los centros respectivos. Esta relación de violencia es el auténtico secreto del "crecimiento ilimitado" de los centros. Si no existieran tales colonias sometidas violentamente, entonces tampoco hubiera existido el ascenso de los estados industriales modernos, e igualmente, tampoco se daría el progreso imparable de la tecnociencia moderna. En tal caso, todos los costos económicos, psíquicos y sociales tendrían que asumirse dentro de un territorio dado. Pero con ello topáramos en seguida con los límites del crecimiento.

La mayoría de las veces estas conexiones son reprimidas. Cuando se habla de relaciones coloniales entre los subdesarrollados y los sobredesarrollados, a menudo se dice que nuestro objetivo, no puede reducir el nivel de vida en las sociedades sobredesarrolladas,

sino que tendríamos que intentar que "los de abajo" llegasen a donde estamos nosotros. (¡Donde nosotros estamos es arriba, por supuesto!) Pero no es una imposibilidad sólo lógica, sino también material. Si partimos del consumo medio de energía de un norteamericano y lo generalizamos al consumo por persona de toda la población mundial, entonces las reservas de petróleo del mundo se agotarían en 19 días, según ha mostrado el mexicano Gustavo Esteva. Y ello sin considerar el derrumbamiento de los ecosistemas, la basura, el caos del tráfico. A ello se añade que el consumo de energía en los ricos países industrializados no decrece, sino que crece. En la República Federal Alemana, por ejemplo, la venta interior de derivados del petróleo creció el 62% en 1986. Los Estados Unidos son los mayores despilfarradores de energía: "Un norteamericano consume por término medio tanta energía

Si partimos del consumo medio de energía de un norteamericano y lo generalizamos al consumo por persona de toda la población mundial, entonces las reservas de petróleo del mundo se agotarían en 19 días

"Un norteamericano consume por término medio tanta energía como 2 europeos, 55 hindúes, 168 tanzanos o 900 nepalíes".







como 2 europeos, 55 hindúes, 168 tanzanos o 900 nepalíes". Frente a este estado de cosas, hablar de sobrepoblación en el Tercer Mundo es una farsa.

Así, no resulta posible trasladar los modelos de desarrollo occidentales -ni en la agricultura, ni en la industria- a los países subdesarrollados. Así, por ejemplo, como solución al problema de la cesantía se propone más modernización e industrialización. Pero si se quisiera crear en los países subdesarrollados puestos de trabajo industriales al módico precio de 55 mil dólares por puesto de trabajo -en los países industrializados la creación de tales puestos de trabajo costaba en 1980 por término medio 377 mil dólares-, entonces habría que invertir una suma de 15 billones de dólares para absorberlos.

Estos ejemplos muestran que no existe ningún "desarrollo que recupere el terreno", y eso significa al mismo tiempo, que no puede existir un nivel de vida igual de alto para todos. Eso lo saben también los responsables en los centros de poder de los consorcios transnacionales, en el Banco Mundial, en el Fondo Monetario Internacional, en los bancos nacionales y en los gobiernos de los ricos países industrializados. Y tampoco desean en absoluto tal "desarrollo que recupere el terreno", pues en tal caso no podría continuar su propio "crecimiento".

A la "chita callando", presumen la continuidad de la estructura colonial de la economía mundial y ocultan estos hechos bajo eufemismos como "desequilibrio Norte-Sur", "países en el umbral", "Least Developed Countries" y otros similares. A los más, les hace creer que la "modernización es posible para todos, pero en realidad sólo es posible para unos pocos.

(...)Renunciar al autoengaño no sólo sería bueno para los seres humanos y la naturaleza, sino también que contribuiría esencialmente a contrarrestar la asesina lógica de crecimiento del sistema industrial. Sin compradores y compradoras la industria no puede vender sus productos, el capital no puede realizar su plusvalor, la restricción al crecimiento se interrumpe. Aquí radica el poder que tenemos en cuanto consumidores y consumidoras. Este poder apenas se ha utilizado hasta ahora en la lucha política. Es cierto que muchas personas han cambiado ya sus hábitos de compra y consumo, pero, la mayoría de las veces sucedió de forma privada. Creo que ha llegado el momento de iniciar muchas campañas públicas de renuncia al consumo, que indiquen a "los de arriba" que muchas personas no quieren seguir siendo marionetas consumistas.

(...)Me gustaría acentuar que se trata de una *estrategia de liberación*, y no, como a menudo se malinterpreta, sencillamente de una *renuncia* al consumo. El consumismo moderno es hoy la forma más sutil y difundida de la *esclavitud*. En cuanto consumidores no sólo somos "empleados" del capital, sino también cada vez más sus esclavos. La mayoría de las personas (no sólo) en los países industrializados depende cada vez más de la compra y el consumo de

mercancías para asegurar su propia subsistencia. Para ello precisan dinero, que ganan vendiendo su propia fuerza de trabajo. La esclavitud del consumo es la consecuencia necesaria de la esclavitud del trabajo asalariado. Puesto que el "trabajo asalariado" no aporta libertad real, ésta se busca en el consumo. Por eso las personas se definen cada vez más mediante el consumo y cada vez menos a través de su trabajo. Pero, de ese modo se vinculan como corresponsables con el sistema de explotación.

Ya no podemos seguir diciendo: allá están los malvados patriarcas/capitalistas/tecnócratas/militaristas, aquí nosotros y nosotras, las mujeres pacifistas y las personas que aman la naturaleza. Lo queramos o no, nos han convertido en sus cómplices. El sistema de explotación ha impregnado nuestra vida cotidiana, nuestras necesidades y hábitos, y ha construido sus cabezas en nuestros fueros íntimos.

Por eso tampoco basta ya con atacar sólo al estado y los capitalistas, o a los varones "de allí fuera". Si nos tomamos en serio nuestra liberación, tenemos que iniciarla en nosotras y nosotros mismos y en nuestra vida cotidiana. Sin la liberación de la esclavitud del consumo, toda lucha contra los "enemigos de afuera" y "de arriba" fracasará.

Por otra parte, la esclavitud consumista no es total, los espacios libres en la esfera del consumo son mayores que la esfera de la producción. El ama de casa urbana está obligada a comprar sus alimentos, pero puede decidir libremente cuánto compra, dónde compra, lo que compra, si compra algo o lo elabora ella misma o lo intercambia o comparte con su vecina o amiga. Las constricciones en ese ámbito son sobre todo de carácter ideológico y psíquico: la manía de hacer como los otros, la comodidad, la imitación de modelos de consumo.

La liberación del consumo significa por eso, en primer lugar, hacerse libre de semejantes modelos y constricciones a la imitación. Por otro lado, un movimiento de liberación no es ningún paseo. Eso nos lo enseñan los movimientos de liberación en el Tercer Mundo. Puede resultar fácil ir a pie con buen tiempo, pero con mal tiempo resultará desagradable renunciar al automóvil. Todo movimiento de liberación serio exige también sacrificio y renuncia. Esto no hay que pintarlo de color de rosa.

Cuantas más personas reconozcan que en medio de gigantescas montañas de mercancía están viviendo en un estado de carencia aguda, menos hablarán de "renuncia" al reducir su consumo. Si dejo quieto mi coche y reduzco el paseo por el supermercado, no me estoy restringiendo, sino que recupero un pedazo de libertad y dignidad humana. Liberación del consumo significa también, por consiguiente, salida de esta miserable e indigna sociedad de la carencia.

La liberación del consumo significa asimismo, que acaba el estado de esquizofrenia colectiva, que cesamos de reprimir nuestra responsabilidad en la destrucción de la naturaleza y la explotación de pueblos ajenos, que sacamos conclusiones del hecho de que la tierra es limitada, y que resulta imposible

Cuantas más personas reconozcan que en medio de gigantescas montañas de mercancía están viviendo en un estado de carencia aguda, menos hablarán de "renuncia" al reducir su consumo. Liberación del consumo significa también, por consiguiente, salir de esta miserable e indigna sociedad de la carencia.





generalizar el nivel de vida de un alemán medio a los seres humanos de Africa, Asia y América Latina sin que la biosfera se desmorone. Todos los que reprimen este saber, aceptan

Una transformación cualitativa de los hábitos de consumo significaría también aprender a usar las cosas en lugar de gastarlas/ destruir las. Usar las cosas quiere decir volver a desarrollar una especie de relación amorosa con ellas.

que haya en el futuro dos especies de seres humanos: una minoría de alrededor del 20% que dilapide las riquezas del planeta, y una mayoría del 80% para la que apenas quedarán sobras. La liberación del consumo también aumentaría la credibilidad de los diversos movimientos sociales. Gandhi no comenzó a hilar sólo porque quisiese hacer independiente a la India de importaciones textiles británicas, sino también porque sabía que su movimiento sólo podía tener éxito si era creíble, si también se

superaba la fascinación psíquica que sus paisanos experimentaban ante el nivel de vida y los modelos de consumo de los señores coloniales.

Además, un movimiento de liberación del consumo no se contentaría con acciones simbólicas. Querría hurtar concientemente la demanda a la economía, y con ello afectaría directamente a los intereses de realización del capital. Cada kilovatio/hora no consumido daña a las industrias eléctrica y atómica. Cada automóvil no vendido daña a la industria automovilística, cada producto de plástico no vendido afecta a la industria química. Sólo así se podrá conseguir, primero una transformación y finalmente una reducción de la producción destructiva, y que las personas y la naturaleza puedan recuperarse del sistema industrial. Sería encomendarle las ovejas al lobo si confiásemos a los consorcios, los científicos y los políticos, la solución de la cuestión medioambiental, de la cuestión de la mujer y de la cuestión colonial.

Sería encomendarle las ovejas al lobo si confiásemos a los consorcios, los científicos y los políticos, la solución de la cuestión medioambiental, de la cuestión de la mujer y de la cuestión colonial.

Además de una limitación cuantitativa del consumo, también es necesario regresar a una relación *cualitativamente distinta* entre producción y uso. Para ello resulta en primer lugar importante que la producción y el uso vuelvan a aproximarse, que se compren productos, si es posible, procedentes

de la región y que no necesiten largos transportes. A este respecto, las iniciativas de productores y consumidores desempeñan un papel esencial. Pero una transformación cualitativa de los hábitos de consumo significaría también aprender a usar las cosas en lugar de gastarlas/destruirlas. Usar las cosas quiere decir volver a desarrollar una especie de relación amorosa con ellas. Eso es ciertamente difícil si resulta que sólo compro mercancías de usar y tirar en el supermercado. La transformación cualitativa de los hábitos de consumo, puede empezar cuando nos enfrentamos con las relaciones de explotación contenidas en cada una de las mercancías. Estas las encubre hoy en día la división internacional del trabajo más que nunca. Pero desentrañar estas relaciones y llevarlas a la conciencia de los consumidores es un primer paso político para cambiar los hábitos de compra.

